

STEVEN F. WHITE / HUÉRFANOS DE LA MADRE TIERRA: POESÍA Y ECOLOGÍA EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

Estamos en la Costa de la Muerte, recordando con el poeta gallego Carlos Da Aira el peor desastre ecológico de España. El inmenso derrame de petróleo del buque petrolero *Prestige* tuvo lugar en la provincia de A Coruña en Galiza en noviembre de 2002. Da Aira lo describe así en un poema que traduje al español: «Clavasteis en la tierra armas afiladas... una hemorragia migrante, una plaga». La poesía y las reflexiones en prosa incluidas en este dossier para *Ínsula* servirán para no olvidar, ni perdonar, porque la Memoria Histórica también forzosamente es medioambiental, una fuente de indignación permanente, un despertar de la pesadilla ecológica que nosotros los seres humanos hemos creado de la manera más irresponsable. ¿Cuál es la página más negra de la historia de la humanidad? Jorge Riechmann asevera en su colaboración que «la estamos escribiendo justo ahora: se llama ecocidio que lleva consigo un genocidio». Riechmann también ha afirmado que hemos fracasado como especie, pero que urge *fracasar mejor*. Es de esperar que esta selección de escritos nos motive, aunque sea tardíamente, a luchar contra el analfabetismo ecológico, aun imaginándonos cada vez más como huérfanos de un planeta agonizante que solemos personificar como madre porque es útil esa metáfora sencilla y afectiva de cara a estructuras políticas y económicas que en su totalidad deniegan cualquier tipo de amor materno tan poco pragmático de acuerdo con los parámetros del capitalismo. Joaquín Araujo, gran sembrador de árboles y pionero de los movimientos ecologistas españoles, resume el conflicto así en un poema: «Compara y no compres. / Lo mejor no está en el mercado. / No hay estanterías para exhibir un río».

Cuando solicité los aportes para este dossier, les expliqué a los autores algo que ya sabían perfectamente de antemano: que buscaba textos relacionados con la ecología en el sentido más amplio de la palabra, tal como Lawrence Buell ha definido los escritos ecológicos en que la naturaleza no debe funcionar simplemente como un telón o como algo decorativo para enmarcar una escena. Una obra literaria ecológica, según Buell, profundiza, por medio de un sentido ético, la relación dinámica entre la historia humana que coexiste con los procesos naturales. Por eso, aprecio tanto el ensayo ecocrítico de José María García Linares que aparece en este número de *Ínsula* precisamente porque aclara la relación entre el medio ambiente y la literatura y habla de «sobrepoblación, contaminación, escasez de recursos o destrucción del medio ambiente que harán necesaria una redefinición de la propia condición humana». Escuché por primera vez estas palabras en el encuentro «Voces del Extremo» en Moguer y quedé convencido de su contenido en relación con la poesía española. Antonio Orihuela, el organizador de este evento contundente (y también divertido) que en la edición de 2017 se dedicaba a Pachamama, colabora en este dossier con el poema «Geocidio» donde afirma que «nadie quiere un poema que hable de nuestro fracaso colectivo».

Fue gracias a Antonio que logré ponerme en contacto con algunos poetas que podrían representar la potente diversidad lingüística de España. Me alegro poder incluir aquí el poema «Despertares» de Ibon Zubiela Martín en que se puede «sentir a flor de piel la madre tierra» en euskera también. Ya mencioné el poema de Carlos Da Aira, que escribe y publica

su obra poética en gallego, y me impresionaron mucho las indagaciones en las profundidades ancestrales gallegas de Antía Otero cuando afirma: «Nos sumimos en la tierra / para encontrar a los muertos», una idea que me impactó aún más después de visitar el conmovedor Museo do Pobo Galego en Santiago de Compostela con un grupo de mis estudiantes universitarios de los Estados Unidos. David Castillo, en su poema en catalán, opta por la perspectiva opuesta de las alturas, subiendo a la cumbre de Salvaguardia, donde escucha «el crepitar de las alas del águila que se precipita al vacío del valle» mientras considera algunas inquietudes ontológicas.

Fue una revelación durante mi estancia más reciente en España adentrarme en la obra extensa de Ignacio Abella, un verdadero tesoro de conocimiento sobre los árboles y la historia natural, sobre todo en Asturias. En «El árbol matria», Abella escribe sobre «el mismo árbol que, en otros rostros, forma parte de nuestra mitología viva en el centro mismo de todas nuestras geografías».

Que sirva este dossier entonces para combatir una actitud nociva que caracteriza no solo a la población general, sino también a los literatos, como explica Remedios Sánchez García: «Los poetas jóvenes, de forma mayoritaria, han olvidado nombrar la realidad de la naturaleza, identificar la riqueza biológica y natural, seguramente porque no está asociada a su realidad cotidiana o sus vivencias personales». De acuerdo con la profesora de la Universidad de Granada en su ensayo, Raquel Lanseros y Ana Merino deben considerarse dos poetas españolas contemporáneas importantes que suponen una excepción a la norma «en lo tocante a su implicación ecológica». Una de las mejores formas de abrir la mente a la gran diversidad de todos los seres vivos «con quienes compartimos el hecho de la finitud», como dice Eduardo Kohn en su espléndido libro *How Forests Think: Toward an Anthropology beyond the Human*, es el tipo de lenguaje preciso y científico que incorpora en su obra literaria la poeta y veterinaria cordobesa María Sánchez. En una suerte de *Ars poetica*, al describir el proceso de preparar un nido ante mucha adversidad, Sánchez observa lo siguiente: «Mira, el ave está escribiendo».

La nicaragüense Esthela Calderón (cuyo arte de la nueva serie «Pólen» aparece en la portada de este número de *Ínsula*) en su poema «Correspondencia de precios» expresa una perspectiva hispanoamericana sobre la depredación ecológica del proyecto colonialista de España. Calderón opina que «la presencia española en nuestro continente no solamente fue una brutal aniquilación de indígenas, sino que fue también el primer ecocidio registrado en la historia de la tierra realizado por la especie humana».

Me siento casi huérfano de la Madre Tierra y ando triste, medio perdido en mis pantallas y muy indignado. ¿Y tú? Stefano Mancuso en *El futuro es vegetal* explica un rasgo importante de las plantas: «Su construcción modular es la quintaesencia de la modernidad: una arquitectura colaborativa, distribuida, sin centros de mando, capaz de resistir sin problemas sucesos catastróficos sin perder la funcionalidad y con capacidad para adaptarse a gran velocidad a cambios ambientales drásticos». ¿Un futuro posthumano? No hay tiempo. No hay tiempo que perder.

S. F. W.—SAINT LAWRENCE UNIVERSITY, NUEVA YORK